

no sentia los dolores; y haciendo llamar luego á sus religiosos, con grande gozo les contó el consuelo que Dios le habia enviado del cielo.

CAPITULO XXII.

De otro medio que nos ayudará y hará fácil el ejercicio de la mortificación, que es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor.

El cuarto medio que nos animará y ayudará mucho á este ejercicio de la mortificación, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro. Y así el Apóstol San Pablo nos lo pone delante para animarnos á esto: "Armados de paciencia corramos al combate que nos aguarda, mirando á Jesucristo, Autor y Consumador de la Fé, el cual, poniendo ante sus ojos el gozo de nuestra redencion, sufrió la Cruz y no hizo caso de la confusion y abatimiento del mundo. Pensad una y otra vez en aquel que contra si mismo sufrió tal contradiccion de los pecadores, para que no os fatigéis, desfalleciendo en vuestros corazones; que aun no habeis resistido, ni peleado contra el pecado hasta derramar sangre (1)" como él la derramó por vos. Cuenta la Sagrada Escritura (2), que cuando los hijos de Israel andaban por el desierto y encontraron con aquellas aguas de Mará, que eran tan amargas que no las podian beber, hizo Moisés oracion á Dios y mostróle un madero, el cual echado sobre las aguas, las hizo dulces y sabrosas. Por este madero, dicen los Santos que es significado el madero de la

(1) Per patientiam curramus ad propositum nobis certamen, aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum, qui proposito sibi gaudio sustinuit crucem confusione contempta... Recogitate eum, qui talem sustinuit a peccatoribus adversus semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini, animis vestris deficientes. Nondum enim usque ad sanguinem resististis adversus peccatum repugnantes. Ad Hebr. XII, 1, 2, 3 et 4.
(2) Exod. XV, 23.

Cruz. Cuando se os hiciere amargo y pesado el trabajo de la mortificación, echad ahí este Sagrado Madero, acordaos de la Cruz y Pasion de Cristo, de sus azotes y espinas, de aquella hiel y vinagre que le dieron por refrigerio, y luego se os hará dulce y sabroso.

En las Crónicas de la orden de San Francisco se lee (1) que entró en la orden un hombre muy rico, honrado y criado en regalos, y luego que el tentador vió la mudanza de su vida, le acometió, representándole la aspereza de la orden, porque como en lugar de los manjares, vestidos y cama blanda que en el mundo usaba, halló habas, túnica gruesa, paja por cama, estrecha pobreza en lugar de riquezas, sentíalo mucho; y como el demonio le representase la dureza de estas cosas, apretábase con que las dejase y se volviese al siglo. Llegó á términos la tentacion que determinó salirse de la orden. Y estando en esta resolucion, pasó por el capitulo, y puesto de rodillas delante de la Imagen del Señor crucificado, se encomendó en su misericordia; y quedando fuera de sí, fué elevado en espíritu, y aparecióle nuestro Señor y su gloriosa Madre, y preguntóle que por qué se iba. El con mucha reverencia respondió: "Señor, yo me crié en el mundo en mucho regalo, y así no puedo sufrir la aspereza de esta Religion, especialmente en el comer y vestir." El Señor, levantando el brazo derecho, mostróle la llaga de su Costado, corriendo sangre, y dijole: "estíende el brazo, y pón aqui tu mano, y úntala con la sangre de mi Costado, y cuando te viniere á la memoria algun rigor ó aspereza, mójala con esta sangre, y todo, por dificultoso que sea, se te hará fácil y suave." Y haciendo el novicio lo que el

(1) 2, p. lib. 4, c. 10 de la Crónica de S. Francisco.

Señor le mandó, á cualquiera tentacion que le venia, traía á su memoria la Pasion de Cristo, y luego se le convertia todo en gran suavidad y dulzura. ¿Qué cosa puede parecer áspera á un hombrecillo y vil gusano, mirando á Dios coronado de espinas y enclavado en una Cruz por su amor? ¿Qué no sufrirá y padecerá por sus pecados el que vé padecer tanto, por los agenos, al Señor de la Magestad?

Este medio del ejemplo de Cristo nuestro Redentor y deseo de imitarle usaban mucho los Santos; porque, fuera de ser muy eficaz para animarnos á mortificar y padecer, es un medio de gran perfeccion, y que hace subir mucho de quilates las obras, porque nacen de grande amor de Dios. Y así leemos de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), que al principio de su conversion hacia grandes mortificaciones y penitencias, teniendo ojo á sus pecados y á satisfacer por ellos; pero despues iba subiendo mas, y afligia su cuerpo con asperezas y castigos, no tanto mirando á sus pecados, quanto al ejemplo de Cristo y de los Santos. Miraban los Santos que Cristo nuestro Señor habia ido por este camino y habia abrazado los trabajos y la Cruz con tanto amor y deseo que no veia ya la hora en que habia de dar su sangre y vida por nosotros. Y como los elefantes se esfuerzan en la batalla cuando ven sangre, así ellos venian con esto á tener una grande sed de padecer martirios y derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos, y como no se les cumplia este deseo, encruelcianse contra si mismos, y hacian de si verdugos contra si, y martirizaban sus cuerpos afligiéndolos con penitencias y trabajos, y mortificando y quebrantando sus volunta-

(1) Lib. 1, c. 3, de la vida de N. S. P. Ignacio.

des y apetitos, y de esta manera descansaban algun tanto, porque se les cumplia en algo su deseo, imitando en cuanto podian á Cristo nuestro Redentor. Esto es lo que dice el Apóstol San Pablo: "Andámonos siempre mortificando y maltratando para que la vida de Jesucristo se manifieste en nuestros cuerpos (1)." Ha de ser tal el tratamiento y mortificación de nuestros cuerpos, que represente la vida de Jesucristo y se parezca á ella. Dice San Bernardo: "No conviene, ni dice bien, que estando la cabeza llena de espinas, los miembros se hagan delicados y regalados (2), sino que se mortifiquen y crucifiquen su carne para conformarse con su cabeza."

Muchos otros medios podiamos traer para esto, porque todos los que los Santos dan, y todas las razones que traen para exhortarnos á hacer penitencia, pueden servir para animarnos á este ejercicio de mortificación. Sobre aquellas palabras del Apóstol: "No son condignos los trabajos de esta vida á la gloria futura que se nos revelará (3)," dice el glorioso San Bernardo: "no igualan ni tienen que ver las pasiones y tribulaciones de este siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios." Cualquiera de estas cosas bien ponderada bastará para animarnos mucho á este ejercicio.

CAPITULO XXIII.

De tres grados de mortificación.

Por conclusion y remate de este trata-

(1) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu, manifestetur in corporibus nostris. I. ad Cor. IV, 10.
(2) Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum. Bernard.
(3) Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. Ad Rom. VIII, 18.

do, declararemos brevemente tres grados de mortificacion que pone San Bernardo (1) para que por ellos, como por escalones, vayamos subiendo á la perfeccion. El primero es el que nos enseña el Apóstol San Pedro en su primera Canónica: "Hermanos míos, ruégoos que vivais como advenedizos y peregrinos sobre la tierra, y que como tales os abstengais de los deseos y apetitos de la carne que pelean contra el espíritu (2)." Todos somos peregrinos en este mundo, que caminamos á nuestra patria celestial, como dice el Apóstol San Pablo: "No tenemos aquí ciudad permanente, sino buscamos la futura; porque mientras estamos en este cuerpo andamos como peregrinos ausentes del Señor (3)." Pues hayámonos como peregrinos; el peregrino, dice San Bernardo, va su camino derecho, y procura escusar todos los rodeos que puede; y si ve en el camino á unos que están riñendo, á otros que están en fiestas, bodas y regocijos, no atiende á eso, ni se cura de ello, sino pasa adelante su camino derecho, porque es peregrino y no le tocan á él aquellas cosas, ni tiene que ver con ellas; todo su hipo y negocio es suspirar por su tierra y procurar acercarse y llegar á ella; y así contento con un vestido ligero y con una comida que baste para su camino, no quiere ir cargado de otras cosas no necesarias, para poder mejor caminar. Pues de esta manera tenemos de procurar habernos nosotros en esta nuestra peregrinacion. Tenemos de tomar las cosas de este mundo, como de paso; al fin, como peregrinos y viandantes que so-

(1) Bernard. serm. 7 Quadrages.

(2) Charissimi, obsecro vos, tanquam advenas, et peregrinos abstinere vos a carnalibus desideriis, quae militant adversus animam. I. Petri, II, 11.

(3) Non enim habemus hic civitatem permanentem, sed futuram inquirimus. Ad Hebr. XIII, 14.— Quoniam dum sumus in corpore peregrinamur a Domino. II. ad Cor. V, 6.

mos, no tomando mas de lo necesario para poder pasar nuestro camino. "Teniendo alimento y con qué cubrirnos, estamos contentos," como dice San Pablo (1). Ahorrémonos y descarguémonos de todo lo que no nos es muy necesario, para que así, ligeros, podamos mejor caminar, suspiremos por nuestra patria y sintamos nuestro destierro: "¡Ay de mí! cómo se me alarga este destierro (2)!" Dichoso y bienaventurado, dice San Bernardo, el que se tiene y trata como peregrino sobre la tierra, y conoce y llora su destierro, diciendo con el Profeta: Oid, Señor, mis suspiros, lagrimas y gemidos, "porque soy advenedizo y peregrino sobre la tierra, como lo fueron mis padres y ante pasados (3)."

Muy bueno es este grado, y no haremos poco si llegamos á él. Pero otro hay mas alto y de mayor perfeccion, dice el Santo; porque el peregrino, aunque no se junta con los vecinos y moradores de los pueblos, algunas veces se huelga de ver y oír lo que pasa por el camino y de contarlo á otros, y con estas cosillas, aunque no pierde del todo su camino, todavía se detiene y tarda mas en llegar; y aun tanto se podria deleitar y detener en estas cosas que no solo le fuese causa de llegar mas tarde á su tierra, pero aun de nunca llegar. Pues ¿quién está mas ageno y mas libre y apartado de las cosas de este siglo que el peregrino? ¿Sabeis quién? el que está muerto. Porque el peregrino, aunque no sea sino en pedir y buscar lo necesario para su camino, y en ir cargado con ello, se puede ocupar y detener mas de lo que convendria; pero el muerto, aunque le falte la sepultura, no lo siente. El muerto, de la

(1) Habentes autem alimenta, et quibus tegamur, his contenti sumus. I. ad Timoth. VI, 8.

(2) Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est. Ps. CXIX, 5.

(3) Quoniam advena ego sum apud te, et peregrinus sicut omnes patres mei. Ps. XXXVIII, 13.

misma manera oye á los que le vituperan y á los que le alaban, á los que le lisonjean y á los que murmuran de él; antes á ningunos oye, porque está muerto. Pues este es el segundo grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado, el cual pone San Pablo cuando dice: "Muertos estais y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (1)." No nos habemos de contentar con habernos como peregrinos en esta tierra, sino procurar de habernos como muertos. ¿Cómo ha de ser eso? ¿Sabeis cómo? dice un Doctor, mirad las condiciones del muerto. «La señal de estar uno muerto es no ver, no responder, no sentir, no quejarse, no ensoberbecerse, no enojarse (2).» Pues si vos teneis ojos para ver y juzgar lo que hacen los otros, y aun por ventura el superior, no estais muerto; si teneis respuestas y excusas para lo que os ordena la obediencia; si mostrais sentimiento cuando os dicen vuestras faltas y os reprenden; si os sentís y os resentís cuando os humillan y no hacen caso de vos, no estais muerto, sino muy vivo en vuestras pasiones y en vuestra honra y estimacion; porque el muerto, aunque le pisen y le desprecien y no hagan caso de él, no lo siente. ¡Oh! dichoso, dice San Bernardo, y bienaventurado aquel que está de esta manera muerto: porque esta muerte verdaderamente es vida, pues nos conserva sin mancha en este siglo y aun nos hace del todo agenos de él.

«Grande es por cierto este grado y de mucha perfeccion; empero por ventura podremos hallar otra cosa mas alta y mas perfecta (3).» Pero ¿á dónde la habemos de ir á buscar y en quién la podremos hallar,

(1) Mortui enim estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Ad Colos. III, 3.

(2) Hic non videt, non loquitur, non sentit, non inflatur, non irascitur. Lansperg.

(3) Magnus omnino gradus est iste, at fortasse poterit aliquid adhuc superius inveniri. S. Bern.

sino en aquel que fué arrebatado al tercero cielo? Porque si me dais otro tercero grado mas alto y mas perfecto, eso, dice San Bernardo, bien le podeis llamar tercero cielo. Pues ¿puede haber mas que morir? Sí, mas hay que morir. Humillóse y abatióse nuestro Señor Jesucristo hasta la muerte (1), ¿hay mas que eso? Sí, añade San Pablo, y añádelo la Iglesia la segunda noche de las tinieblas: «Morir crucificado; mortem autem Crucis. Eso es mas que morir simplemente; porque la muerte de cruz era un género de muerte el mas ignominioso y afrentoso que entonces habia. Pues ese es el tercero grado de mortificacion, mas alto y mas perfecto que el pasado; y así, con razon le podemos llamar el tercero cielo, al cual tambien fué arrebatado el Apóstol San Pablo. No solo dice que estaba muerto al mundo, sino que estaba crucificado al mundo, y que el mundo era cruz para él y él para el mundo (2). Quiere decir: todo lo que el mundo ama, los deleites de la carne, las honras, las riquezas, las vanas alabanzas de los hombres, todo eso es cruz y tormento para mí, y como tal lo aborrezco; y aquello que el mundo tiene por cruz, por tormento y deshonra, en eso tengo yo enclavado y fijado mi corazon; eso es lo que yo amo y abrazo. Eso es estar crucificado al mundo y el mundo á mí, y que el mundo me sea á mí cruz y yo á él. Mas alto y mas perfecto grado es este que el primero y segundo, dice San Bernardo; porque el peregrino, aunque pasa y no se detiene mucho en las cosas que ve, pero al fin las ve y se detiene algo en eso; el muerto, que es el segundo grado, igualmente lleva lo próspero y lo adverso, las honras y las

(1) Humiliavit semetipsum Dominus noster Jesus Christus usque ad mortem. Ad Phil. II, 8.

(2) Mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. Ad Galat. VI, 14.

deshonras, y no hace diferencia de lo uno á lo otro; pero este tercero grado pasa mas adelante, y no se ha igualmente en eso, porque no solo no siente la honra y estimacion como el muerto; sino ésele cruz y tormento el ser tenido y estimado, y como tal lo aborrece; no solo no siente las deshonras y menosprecios, sino esa es su gloria y su contento. "Nunca Dios quiera que yo me glorie en otra cosa, sino en la cruz de Cristo, por amor del cual, todo lo que el mundo ama me es á mi cruz; y todo lo que el mundo tiene por cruz, me es á mi gloria y contento grande (1)." "Lleno estoy, dice (2), de consolacion, báñome en gozo y regocijo en padecer tribulaciones, persecuciones y afrentas por Cristo. Pues este es el tercero grado de mortificacion, que con mucha razon llama San Bernardo el tercero cielo por su grande perfeccion. Y aunque él lo dice debajo de esta metáfora, pero es doctrina comun de los doctores y Santos, que en esto que nosotros entendemos por el tercer cielo está la perfeccion de la mortificacion, porque esa es la señal que ponen los filósofos de haber uno alcanzado la perfeccion de cualquier virtud, cuando obro los actos de ella con gusto y delectacion, como diremos despues (3). Y asi, si quereis saber si vais aprovechando en la mortificacion, y si habeis alcanzado la perfeccion de ella, mirad si os holgais cuando os quiebran vuestra voluntad y os niegan lo que pedís; mirad si os holgais cuando os desprecian y tienen en poco; y si recibís pena cuando os honran y estiman y hacen mucho caso de vos. «Pues éntre cada uno

(1) Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mihi mundus crucifixus est, et ego mundo. *Ad Gal.* VI, 14.
 (2) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. *II. ad Cor.* VII, 4.
 (3) *Trat.* 3, c. 16.

dentro de sí, dice San Bernardo (1), y mire y examine con atencion á qué grado de estos ha llegado, y no paremos ni descansamos hasta llegar y arrobarnos á ese tercer cielo. » Que es lo que dijo el Señor á San Francisco: «si me deseas, toma las cosas amargas por dulces y las dulces por amargas.»

Cuenta Cesario (2) que en un monasterio de su orden del Cister, un religioso lego, llamado Rodulfo, gran siervo de Dios y que tenia muchas revelaciones, quedándose una noche, despues de maitines, en oracion en la iglesia, vió á Cristo nuestro Redentor crucificado, y juntamente con él vió á quince religiosos de su religion, cada uno tambien en su cruz, acompañando á Cristo nuestro Redentor; que aunque era de noche, era tanta la claridad y resplandor que resultaba de la presencia de Cristo, que los podía ver muy claramente, y los conoció muy bien, que aun vivian todos. Y dice que los cinco eran legos, y los diez monges. Estando él espantado de tan admirable vision, hablóle Cristo nuestro Redentor desde la cruz: «Rodulfo, ¿conoces quiénes son estos que ves crucificados cerca de mí?» Respondió él: «Señor, bien conozco quiénes son; pero no entiendo lo que significa y quiere decir esto que veo.» Entonces dijole el Señor: «Estos solos, de toda esta religion, son los que están crucificados conmigo, conformando su vida con mi Pasion.»

(1) *Pensemus ergo singuli, in quo gradu quisque sit positus, et studeamus proficere de die in diem, quoniam de virtute in virtutem videbitur Deus deorum in Sion (Psalm. LXXXIII, 8). S. Bernard.*
 (2) *Caesarius, l. 8. Dialogorum. cap. 18.*

TRATADO SEGUNDO.

De la modestia y silencio.

CAPITULO I.
 Cuán necesaria es la modestia para edificar y aprovechar á nuestros prójimos.

La modestia de que ahora habemos de tratar, consiste en que sea tal la composicion del cuerpo, y tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversacion, y tales todos nuestros movimientos y meneos, que causen edificacion en todos los que nos vieren y trataren. En esto comprende San Agustin todo lo que hay que decir de la modestia (1). No es mi intento descender á tratar en particular las cosas en que se ha de guardar la modestia, ni notar lo que sería inmodestia; bastará ahora esta regla general del glorioso Agustin; que es comun de los Santos y maestros de de la vida espiritual. Procurad que todas vuestras acciones y movimientos vayan de tal manera ordenados que nadie se pueda ofender, sino edificar. Resplandezca siempre en vuestro exterior humildad, y juntamente gravedad y madurez.

(1) *In omnibus motibus vestris nihil fiat, quod cujusquam offendant aspectum, sed quod vestram deceat sanctitatem. Aug. in Regul.*
 B. del C., tomo XIV. — I. — EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS. — T. I.

religiosa, y de esa manera guardareis la modestia que conviene. Solamente pretendiendo declarar aqui cuán necesaria sea esta modestia, especialmente á aquellos cuyo fin é instituto es, no solamente atender á la salvacion y perfeccion de sus propias ánimas, sino tambien á las de los prójimos.

Cuanto á lo primero, una de las cosas con que mucho se edifican y ganan los prójimos, es con el exterior religioso y edificativo; porque los hombres no ven lo interior, sino solamente lo exterior, y eso es lo que les mueve y edifica, y lo que les predica mas que el ruido y estruendo de las palabras. Y asi se cuenta del bienaventurado San Francisco, que dijo una vez á su compañero: «Vamos á predicar; y salé, y da una vuelta á la ciudad, y vuélvete á casa; dícele el compañero: «pues, padre, ¿no predicamos?» «Ya, dice, habemos predicado.» Aquella composicion y modestia con que iban por las calles fué muy buen sermon: esa mueve á devocion á la gente, y á menosprecio del mundo, y á compungirse de sus pecados, y á levantar su corazon y deseo á las cosas de la otra vida.